

# Lo aprecio

Ricardo Raúl Nicoletti



# Capítulo 1

Entré en la semana como la figura del Real Madrid.

Llegué un día tarde al campamento de liderazgo del consejo estudiantil, después de haber estado atrapado el día anterior en un aeropuerto de Barajas al regresar de una semana de liberar a los niños de una exótica isla del tercer mundo.

El campamento había sido informado el domingo por la noche de que llegaría al día siguiente, ya que había llamado antes para decir que volvería tarde de Dominicana.

Llegué allí poco antes del almuerzo del lunes, y cuando comimos en la cafetería de la universidad donde se celebró la conferencia, todos estaban ansiosos por escuchar mis aventuras una vez que se dieron cuenta de que yo era "el chico de Dominicana".

Había llevado una selección de mis fotos del viaje y prometí mostrárselas a varias chicas que pidieron verlas.

Esa primavera, cuando me informaron que me enviaban para una semana de campamento, estaba nervioso: los miembros del consejo son conocidos por ser presumidos.

Me preocupaba qué tan bien encajaría y, lo que es más importante, si me divertiría mucho.

Sin embargo, fue este interés inmediato en mí lo que calmó mis temores.

Aquí había un grupo de ochenta y algunos líderes estudiantiles que eran respetados y apreciados en sus escuelas, principalmente porque respetaban y se preocupaban mucho por los demás.

Me intrigaron, y significó mucho que estuvieran interesados en mí como una persona única e idiosincrásica.

Supongo que a menudo veo los desajustes sociales en la escuela como incomprensidos, pero durante la semana aprendí que los estudiantes más populares y estimados también enfrentan este problema.

Entré esperando una reunión de egos, adulaciones, actitudes engreídas, pero me fui de la semana deseando poder quedarme solo un día más.

Una de las razones de la gran semana fue que la mayoría de las chicas en el campamento eran atractivas, si no completamente atractivas.

Es bien sabido que si se realizaran encuestas para las elecciones de la escuela secundaria, la apariencia sería una calificación líder para las niñas.

La proporción fue a favor de nosotros los hombres, casi cuatro a uno. Nos regodeamos en eso.

Fuimos suaves como algodones: abriendo puertas para las chicas, apuntándoles notas, tomando bandejas de almuerzo vacías.

Todavía escucho sus chillidos encantados cuando miraron por las ventanas de su dormitorio del segundo piso una noche para vernos a todos en el césped cantando,

"Has perdido ese sentimiento amoroso", y veo nuestras sonrisas cuando regresamos a nuestras habitaciones,

diciéndose unos a otros: "Mañana conseguiremos una pieza".

Nunca lo hicimos, por supuesto, aunque se rumoreaba que un par de chicos habían recibido un beso, pero lo seguimos vertiendo y las chicas, no acostumbradas a ese tratamiento, lo absorbieron.

Fue durante esta semana que me encontré con mi primer público realmente agradecido.

Mi segunda noche allí, el martes, tuvimos una cafetería en todo el campamento en el pub del sótano de la universidad.

Después de varias selecciones de sopa de pollo y un par de piezas genuinas, canciones respaldadas con el rasgueo de la guitarra, en su mayoría, me senté en el taburete antes del micrófono y comencé mi turno con "El gato negro" de Poe de memoria, que seguí con una lectura de Dickens.

Sentí como si hubiera expuesto mi alma al mundo en un acto de completa confianza y no me hubiera decepcionado. Había dejado salir al gato de la bolsa, yo también soy humano, y mi audiencia seguía siendo confidente de buena fe.

En la noche de clausura, celebramos vísperas. Leí otro poema de Poe, seguido del poema que había escrito la noche anterior por invitación de varios nuevos amigos.

El poema se centró en cómo mi infancia soñaba con ser un caballero había madurado conmigo para apreciar profundamente la belleza que ya me rodea. Hablé sobre mi viaje a Dominicana, sobre cómo los niños eran hermosos si los miraban a los ojos, y cuán radiante es la vida humana.

Reflexioné sobre mi tiempo en esa isla del caribe y en el campamento para mostrar cómo la belleza trasciende la utilidad y existe porque la vida la crea.

Una juventud invadió el campamento durante toda la semana con sus hormonas, idealismo y entusiasmo sin trabas.

El mundo era nuestro para conquistarlo en amor, y nosotros, como líderes de una nueva generación, teníamos el poder para hacerlo.

El día de las vísperas finales, celebramos una competencia de relevos al aire libre.

Vestido con mi camisa verde como mis compañeros de equipo, estaba listo para hacer mi parte en el relevo de comida.

Uno de los cinco representantes del equipo correría, tomaría un alimento al azar de una bolsa de plástico y se lo metería en la garganta lo más rápido que pudiera. Solo podíamos tomar una copa una vez que toda la comida se hubiera ido.

Escogí el paquete de mantequilla de maní en los emparedados de galletas de queso, y opté por tirar tres en mi boca y luego preocuparme por masticar.

Mi cuerpo luchó, con poco éxito, para producir suficiente saliva para manejar la bocanada de galletas secas a pedido.

Atrapado en la emoción y la frustración, comencé a temblar.

Estaba bien, pero mis manos y mi cuerpo temblaron hasta el punto de preocuparme por uno de los consejeros.

No fue hasta más tarde, cuando el año escolar comenzó de nuevo, que me di cuenta de cuán débil es nuestra belleza, cuán vasta es la brecha entre la realidad y nuestros sueños.

Creo que el mundo es nuestro al revés; la belleza solo necesita los ojos de un espectador.

Pero me meto demasiadas galletas en la boca y tiemblo más allá de mi control.....

